

Luis Alberto de la Garza, *En busca de una identidad: Carlo Vidua, un viajero piamontés del siglo XIX*, México, UNAM/FCPyS, 2003.

¿Quién fue Carlo Fabrizio Vidua? Nació el 28 de febrero de 1785 en Casale Monferrato, Italia; hijo del conde Pío Gerolamo Vidua y de la condesa Mariana Gambera y por decreto heredero del título mobiliario. No obstante, su nombre escapa fácilmente de los linderos memorísticos de la cultura general; por ello no se encuentran referencias suyas en los libros de texto, incluso tampoco en los de referencia general de la historia italiana. No fue entonces un gran mandatario, ni un despótico tirano, ni mucho menos un emancipador de quien se recuerde en la época popular, cuanto menos escritor o periodista, nunca invento artículo ni saber alguno. Entonces, ¿cuál es el interés de

realizar la publicación de una obra que tenga por tema el desarrollo de su vida? Al respecto, Luis Alberto de la Garza nos dice en su libro que el interés por Vidua nació en la traducción de algunas cartas de Carlo Fabrizio escritas en México sobre la guerra de Independencia en la primera mitad del siglo XIX. De lo cual podríamos considerar al libro como una respuesta hacia un interés de tipo histórico, sobre la estancia de Vidua y su interpretación de la situación en México en un momento de gran importancia para la vida del país. Sin embargo, la obra va más allá de la anécdota en el marco del naciente México independiente y procura penetrar en la vida de Carlo Vidua, en su sentir, en su espíritu viajero, en el amor hacia su patria, en su ansia de saber y conocer; y sobre todo, en la búsqueda de su identidad.

Entonces, surge otra interrogante: ¿cómo leer el libro? Máxime si Luis Alberto de la Garza nos anticipa en la solapa que éste es un libro de aventura, luego entonces deben de correr sus páginas en el orden de una novela, no obstante el lector se percatará

que la forma de abordar la obra es múltiple, al poder leerse también como un libro de viaje. Asimismo, contiene una visión sociológica, la cual describe el contexto socio-político en el Turín del siglo XIX. Y además no podemos perder de vista el sentido original en la investigación del autor, la cual tiene por principio tratar sobre la identidad de Carlo Vidua como personaje “e importante testigo de su tiempo”.

¿Por qué Carlo Fabrizio Vidua?, ¿qué de particular tiene la vida de este piemontés? Siendo justos, responderíamos en consecuencia sobre el vertiginoso e inquieto correr de su vida, de lo cual entenderíamos el peculiar interés del autor respecto a la múltiple gama de incentivos que le brinda este personaje para descubrir sobre sus razonamientos, juicios, espíritu errante y particular abandono de una vida cómoda y tranquila, así como de su negación al matrimonio y a la tradición.

Sin embargo, lo que en verdad llama poderosamente el interés del investigador es la elección de Vidua por una vida distinta, una llena de aventura,

novedad y movimiento; lo cual inevitablemente lo colocarían en manos de un destino dispuesto a ser escrito por él mismo, a contracorriente del que ya se le había predeterminado como hijo de aristócrata. Ésta es la excentricidad del casalés que lo hace sugestivo para el lector, el de un viajero en busca de su identidad a partir de su interminable fuga.

Es entonces cuando comprendemos la constante y acérrima batalla que el personaje vivió en contra de la inacción. Circunstancia por la cual, también, se le calificó de “romántico perdido”, de “loco” viviendo en un tiempo ajeno, y siempre en pos de la fuga; de aquella que lo liberase de la opresiva Piemonte —estéril y dividida—; en síntesis, de una existencia “tonta”, como él la denominaba

Por ello, la vida de Carlo Vidua se le antoja interesante al autor a partir del contexto del piemontés y de las decisiones que éste asume a lo largo de su vida, las cuales aportan al investigador experiencias de vida del incansable viajero hacia el estudio de la identidad en un sentido más amplio. Partiendo de lo particular

hacia el conocimiento de la universalidad, al ahondar en un principio fundamental, que es el de la “relación del ser humano y su entorno”.

Salir de sí mismo mediante la fuga resulta la premisa fundamental para adentrarnos en los dominios de la identidad, al ser ésta la que se abre paso en busca del otro, en lo distinto para encontrarse a sí mismo. De ello nos da testimonio Vidua en sus viajes al tratar de entender la realidad del otro, la circunstancia ajena para compararla con la propia y construir en suma una interpretación distinta de la que partió originalmente. “Yo es otro. Pero los otros también son yos....”.

El panorama socio-histórico en el que se desarrolla la primera parte de la vida del piemontés y de donde se construyen sus principales elementos identitarios, sucede en medio de una Europa en cambio, producto de las revoluciones industrial y francesa; la una obligó decididamente a que se comenzara a hablar de progreso y orden hacia el desarrollo del capitalismo y la otra sentó formalmente las bases de la ciudadanía moderna al transformar a las

sociedades en naciones. A esta última como consecuencia también se le debe el nacimiento del nacionalismo.

De particular interés resulta el sentido de la identidad nacional referida por Vidua para el investigador contemporáneo, esto en relación con el contexto italiano, el cual se encontraba bajo la ocupación francesa y austriaca, naciones que incapacitaron a Italia para lograr su cohesión como nación sino hasta mediados del siglo XIX.

No obstante, aquello no imposibilitó que Vidua junto con sus amigos de juventud poseyeran un entrañable amor a la patria aún no lograda y un profundo desprecio por la nación extranjera ocupante, la cual había impuesto sus formas culturales en los territorios ocupados, propugnando con ello la asimilación de su cultura. Es así como ocurrió un acusado afrancesamiento en la administración de Piemonte, además de la imposición del francés como lengua oficial.

La total desaprobación a estas medidas evidentemente agresivas por parte del país conquistado generarían un profundo

rencor en sus habitantes, mismo que se reproduciría en la necesidad de reunión de los excluidos, formando entonces un grupo, para con ello impulsar sus legítimos reclamos con ánimos de revancha, en la que participaría Vidua y su generación proveniente de la Academia de los Concordi, a través de la rebelión de 1821.

De esta manera podemos descubrir en Vidua este impulso frenético que se traduce en el principal referente de pertenencia hacia la construcción de su nacionalismo de juventud, en comunión con la influencia de las obras de Foscolo y Alfieri para su generación, como reclamo de un grupo de individuos con necesidades y aspiraciones comunes; que en ese momento de su vida le permitiría interpretarse a sí mismo a través de su italianidad, de su propia alteridad, la cual resultaba abiertamente insurrecta para la racionalidad de dominio y sometimiento del conquistador.

También observamos a través de su contexto cómo la construcción de la identidad en el mundo moderno de los Estados-nación se concibió desde el siglo XIX bajo la consigna del naciona-

lismo como la necesidad de un gran referente de unidad con carácter totalizador en un panorama incierto. Nacionalismo que también reclamaba por principio una inapelable lealtad descrita por Vidua y sus coterráneos como "amor", así es como descubrimos el sentir original de este *ismo*, que dotará posteriormente —en el siglo XX— de fisonomía a las relaciones de poder en el orden mundial.

Pero ¿qué ocurre cuando dichos impulsos libertarios de carácter "defensivo" son acallados por una realidad material al establecer su dominio? ¿Qué ocurre cuando es derrotada la rebelión de los Concordi en 1821? La respuesta de Vidua fue la fuga ante la opacidad decadente de una aristocracia entregada bajo la condición del mantenimiento de sus privilegios.

Irse, perderse, fugarse, fue el único estímulo encontrado, con el que transitó su identidad para reformular por completo sus concepciones respecto de sus valores lingüísticos, patrióticos, políticos y humanos hacia una nueva y distinta afirmación, que le llevaría toda una vida de descubrimiento

constante de su identidad a través del eterno viaje en miras al entendimiento del otro y de sí.

Entonces comienza el gran viaje iniciático del piemontés hacia la búsqueda de espacios de libertad, a través de la fuga al adentrarse en los terrenos de la diversidad, lo cual le significó un gran esfuerzo de individuación con la finalidad de obtener los presupuestos necesarios para la interpretación del otro en una lógica distinta.

De ello dan cuenta sus cartas de Turquía, la India, Grecia y aquellas relativas a la incorporación de las naciones americanas al contexto mundial, de entre otros tantos viajes que hiciera en su peregrinar, en que procuró hacer uso del entendimiento como precepto para descargarse de sus atávicos prejuicios como el occidental europeo de su tiempo.

Esa fue la manera como logró descubrir las alteridades existentes más allá de su contexto, al dimensionar el pluralismo y con ello finalmente recrear una identidad distinta en cada viaje; donde su sentimiento de lo nacional, desarrollado en su experiencia de vida como parte de sus referentes iden-

titarios, le permitió la capacidad de comprender otro tipo de colectividades.

De esta manera es como se propone en todos sus viajes conocer varias interpretaciones de las realidades que visita; en este afán es como se hace de la compañía de grandes personalidades en diversas latitudes, así conoció a Adams, Jefferson y Madison ex-presidentes de la Unión Americana; nación que lo dejó sorprendido por el expansionismo dinámico de su sociedad, a la que calificó como nación de comerciantes, estableciendo con ello un comparativo entre "Estados Unidos y los países despóticos de Europa".

De la misma manera conoció a Alexander Von Humboldt, quien con su gran experiencia viajera, le indicó lugares de visita obligada en su estancia por territorio mexicano, así como los libros fundamentales para el viaje.

Es bajo esta prerrogativa como Vidua consiguió aceptar y asimilar algunos usos y costumbres de las diferentes culturas que fue conociendo en sus viajes; en la misma dimensión sus actitudes fueron cambiando, ya no eran las de aquel joven enamorado febril-

mente de su patria como “el mejor de los mundos posibles”, transición evidentemente producto de mantenerse en flujo constante.

Así se explica la separación de su pensamiento en relación con sus viejos amigos de juventud de la Academia de los Concordi; quienes siguieron luchando de manera romántica o bien fueron incorporándose paulatinamente a la nomenclatura controlada y manejable de la aristocracia de Turín.

De este modo la vida del viajero nos presenta su constante necesidad de adaptación y asimilación hacia lo desconocido; preceptos con los cuales no se puede interpretar una identidad estática, lo que también nos presenta una necesidad infranqueable de retorno hacia la seguridad de lo conocido.

Por lo tanto, ser un extraño eterno también guía invariablemente al retorno, a la búsqueda de referentes de pertenencia en aras de la seguridad, pero ya no es el amor a la patria lo que estimula el retorno del piamontés después de lo vivido en el viaje, es la familia, los amigos, la comida; la pertenencia; en suma, lo que cubre el sentimiento del regreso.

Descubrió la identidad, su identidad bajo el principio de la tolerancia, en su ahora desarrollada capacidad para asumir la existencia del otro, esto en razón de que a o largo de todas las latitudes andadas él se ha constituido siempre e irremisiblemente en el otro.

Luis Antonio Mata Zúñiga